

ANTE LAS FIESTAS DE LA INMACULADA PATRONA DEL SEMINARIO 2018

Querida familia del Seminario: ¡Ave María Purísima!

Una nueva edición de la novena y la Fiesta de la Inmaculada llama a nuestras puertas. Tendremos que comenzar por renovar nuestro convencimiento de que no se trata simplemente de una fiesta más. Sería una mirada muy pobre si así lo valorásemos. El modo cristiano de vivir y de recorrer el calendario litúrgico debe estar siempre presidido por la nota de la novedad. Porque Dios siempre es nuevo y hace nuevas todas las cosas y porque el amor, cuando es verdadero, tampoco es rutinario ni repetitivo.

La fe, la esperanza y el amor nos mueven a disponernos a celebrar nuestras fiestas con el anhelo y la ilusión de quien desea recibir un corazón nuevo. Es la dinámica de la conversión la que nos lo exige. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos que no lo podremos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él.

La Fiesta de la Inmaculada en el Seminario y su novena de preparación son una auténtica oportunidad, un kairós, tiempo de gracia que se nos regala por manos de la Virgen a cuantos formamos parte de esta familia. Tenemos la ocasión preciosa de recomenzar nuestra entrega y ofrecimiento, de dar nuestro “sí” rejuvenecido al Señor que nos llama y de avanzar, decididos y firmes, en nuestro camino de santidad.

LOS ECOS DE NUESTRA PEREGRINACIÓN POR FRANCIA.

Quisiera recordar con vosotros algunos episodios significativos de la peregrinación que este verano tuvimos la oportunidad de realizar juntos a Francia. Los traigo a la memoria para invitaros a ser agradecidos a Dios de tanto bien recibido y para, de este modo, permitir que dejen su huella profunda en nosotros y den frutos, sin que nada se pierda.

Durante dos semanas, recorriendo tantos lugares y contemplando tantas vidas de santos, pudimos gozar de una presencia que, de modo transversal, no dejó de acompañarnos durante todo el itinerario. Me refiero a la presencia de la Virgen María. En la Capilla de nuestro seminario, a los pies de la Patrona, comenzó nuestro recorrido. En la primera meta, Nuestra Señora de Lourdes nos recibía diciéndonos “Yo soy la Inmaculada Concepción”. Recordad la imponente Basílica de la Fourviere, construida en la colina principal de Lyon, en acción de gracias a la Virgen.

No se puede entender la vida de San Juan María Vianney sin su devoción mariana. En el cuello de la Imagen de la Virgen de la parroquia de Ars pende todavía el corazón en el que el Santo Cura escribió cada uno de los nombres de los habitantes de aquella Villa. Allí quisimos dejar también nosotros nuestros nombres. En Paray le Monial pudimos descubrir la cuna donde nació la devoción al Corazón de Jesús, regalo del mismo Señor a Santa Margarita y extendida por todo el mundo, con la colaboración de San Claudio de la Colombiere. Al consagrarnos a su Sagrado Corazón pedimos el auxilio del Corazón de María para que, al igual que el de ella, nuestro corazón lata cada vez más al ritmo del de su divino Hijo.

París, que es invocada como ciudad del amor, se nos reveló también como ciudad mariana. Desde su magnífica Catedral de Notre Dame a la parroquia de nuestra Señora de las Victorias, donde comenzó la devoción de consagrarse al Inmaculado Corazón de María. Allí nos encontramos con la Virgen de la sonrisa, a la que Teresita de Lisieux atribuyó su curación y a la que San Antonio María Claret invocaba como abogada antes de cada misión. También en París conocimos la Capilla de la Medalla Milagrosa, con la presencia de Santa Catalina Labouré y San Vicente de Paul, testigos de las gracias que nunca deja de derramar “María sin pecado concebida”.

¡Cuánto encanto en Lisieux, de la mano de Santa Teresita! Ella nos ha enseñado el camino de la infancia espiritual que nos eleva como un ascensor hasta nuestro amado Jesús. Es el camino del evangelio, ser pequeñito para ser grande. Ella nos contagia el amor, lleno de pequeños detalles, por su Madre querida. Ojala hagamos nuestros los deseos de su corazón: *“¡Oh, cuánto amo a la Virgen María! Si hubiera sido sacerdote, ¡cuanto habría hablado de ella!”*.

El paso por el imponente Mont Saint Michel nos condujo a la ciudad donde reposan los restos de San Luis María Grignon de Montfort, apóstol incansable de la Verdadera devoción a la Virgen María. El testimonio de su ingente apostolado y el de los valientes mártires de la Vedée, magníficamente presentado en el Puy du Fou, encendieron nuestras ganas de Consagrarnos a la Virgen y de ser fieles discípulos de su Hijo. *“Dios Padre reunió todas las aguas y las llamo mar, reunió todas las gracias y las llamo María”*(San Luis María Grignon de Montfort).

No puedo entretenerme más, pero deseo que estos ecos despierten en vosotros, más que recuerdos bonitos, ganas y compromisos. Ganas de ser fieles, ganas de seguir a Cristo, ganas de ser caballeros de la Inmaculada, ganas y compromisos de ser santos.

SANTA MARÍA NOS ENSEÑA EL CAMINO DE LA SANTIDAD.

Como bien sabemos todos, nuestra Diócesis se encuentra celebrando un Año de la Santidad. A la reciente publicación de la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate* del Papa Francisco se suma el 400 aniversario de San Lorenzo de Brindis, cuyas reliquias reposan entre nosotros y hemos podido venerar recientemente.

Parece indispensable por tanto que nuestra reflexión, teológica y orante, durante los días de la novena se ocupe en esta ocasión de la santidad, como medida auténtica a la que está llamada toda vida cristiana y sacerdotal. Tenemos que leer, si todavía no lo hemos hecho *Gaudete et Exultate*. En su penúltimo número, el 176, el Papa expresa su deseo de poner su escrito en manos de María, que es como poner el camino de la santidad de la Iglesia. Tomo estas palabras para que nos sirvan a nosotros como pórtico y propósito de estos días:

“Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María...».”(EG 176).

Santa es un título breve, sencillo, pero resume perfectamente el ser de la Virgen. ¡Santa María! Cuántas veces lo repetimos: al comenzar la segunda parte del Ave María “Santa María, Madre de Dios...”; en la conclusión de la Salve “ruega por nosotros, Santa Madre de Dios...”; en las Letanías... También la más antigua oración mariana, el *Sub tuum præsidium*, que recientemente el Papa Francisco ha pedido a toda la Iglesia que se repita al final del rosario, se remonta al siglo III y expresa esta confiada certeza: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita».

La santidad de María no la aleja de nosotros. Podemos acercarnos a ella con confianza filial y al mirarla, quedarnos prendados de su belleza y desearla también para nuestras vidas. *Conversar con ella...* que hermosa insinuación la del Papa para hacer realidad nosotros estos días. En los actos de culto comunitarios y escapándonos a visitarla privadamente muchas veces, para tener un encuentro prolongado o para un simple saludo. No dejemos de *musitar una y otra vez* en estas jornadas “*Dios te salve, María*”.

Al unirnos a María lo hacemos a la Iglesia, que necesita de la santidad de sus hijos para mostrar su rostro más verdadero. Contribuyamos a restaurar la Iglesia, que sufre en nuestros días, comenzando por reformar nuestra vida y buscar personalmente la santidad. Juntos, “*con anhelos de esposa y de madre*”, esperaremos al Mesías adentrándonos en el adviento, tiempo de espera y de esperanza.

EL SEMINARIO, LA CASA DE LA VIRGEN.

Comienzan los días marianos por excelencia del Seminario, en los que procuramos situar la devoción a la Virgen en el centro de nuestras Jornadas. Muchos de nosotros recordamos prácticas devocionales dedicadas a la Virgen que aprendimos desde la infancia, en familia, en la parroquia o en el seminario menor: rezo del rosario, novenas, adornos florales junto a las imágenes de Santa María... En el Seminario “de la Inmaculada” hemos aprendido, a la vez que madurábamos y crecíamos, a consolidar y llenar de contenido cada una de estas prácticas. Y lo hemos hecho, además, en familia: sintiéndonos verdaderamente seminaristas hijos de la Inmaculada y hermanos entre nosotros.

Por eso me gusta que estos días los vivamos “haciendo hogar”. La devoción a nuestra Patrona nos ayuda a conformar nuestra identidad más profunda y fortalece los lazos de comunión entre nosotros y con los que nos han precedido y forman parte ya del presbiterio diocesano. Al recibir estos días en casa a sacerdotes, familiares y amigos estamos construyendo familia en torno al seminario, que es el corazón de la Diócesis. Las madres gozan de ver a los suyos reunidos en torno a ellas. Hagamos gozar estos días a nuestra Madre Inmaculada.

Hay unas palabras de un Salmo que la Liturgia aplica a la Santísima Virgen. El salmista, vislumbrando de lejos el vínculo maternal que une a la Madre de Cristo con el pueblo creyente, profetiza a propósito de la Virgen María que “los más ricos del pueblo buscan tu sonrisa” (Sal 44, 13). De este modo, movidos por la Palabra inspirada de la Escritura, los cristianos han buscado siempre la sonrisa de Nuestra Señora, esa sonrisa que los artistas en la Edad Media han sabido representar y resaltar tan prodigiosamente. Este sonreír de María es para todos, afirma el Papa Benedicto XVI; pero se dirige muy especialmente a quienes sufren, para que encuentren en Ella consuelo y sosiego. Buscar la sonrisa de María no es sentimentalismo desfasado, sino más bien la expresión justa de la relación viva y profundamente humana que nos une con la que Cristo nos ha dado como Madre.

¿Has concretado ya tu plan personal para honrar a la Señora, durante estos días?
¿Has pensado cómo vas a procurar la sonrisa de la Virgen?

Pongamos pues estos días más cariño y delicadeza en el trato con María: en el rezo pausado del rosario, contemplando los misterios de la vida de su Hijo y de la suya; en la oración del Ángelus al mediodía, en los adornos y ambientación de la casa, etc. Buen obsequio a Nuestra Señora será mantener con delicadeza nuestro estado de gracia con el cuidado del Sacramento de la confesión. Y en la Eucaristía de cada día, acogiendo la Palabra de Dios y la predicación, tendremos la oportunidad de dejar que el Señor y su Madre trabajen dentro de nosotros, “*guardando todas estas cosas*” en nuestro corazón.

Un conjunto de normas de piedad que, bien cultivadas, ayudan a mantener la presencia de Dios durante la jornada entera. También con el ofrecimiento de pequeños sacrificios de las contrariedades que puedan surgir. Y, sobre todo, queriéndonos, como nos hemos comprometido en nuestro proyecto anual comunitario.

¡SIN PECADO ORIGINAL!

Qué gran tradición la de España, la de Astorga y la de nuestro Seminario en torno al misterio de la Inmaculada Concepción. Nuestro compromiso con la Virgen incluye también el acercar a muchos a su devoción. Tenemos una oportunidad estos días. Invitemos, invitemos a muchos a acercarse a la novena y a los distintos actos de la Fiesta. Invitemos a la Gran Vigilia del Akathistos, cuya celebración se consolida y este año incorpora en la parte musical a toda la Banda de la Escuela de Música de la Ciudad de Astorga.

Si colaboramos a que María reine en muchos corazones estaremos colaborando a que su Inmaculado Corazón triunfe y el Reino de Dios se extienda. ¿Podemos dedicarnos a algo más noble o mejor?

*Aunque le pese a Molina
y a los frailes de Regina,
al prior y al provincial,
al padre de los anteojos
sacados tenga los ojos
y él colgado de un peral,
a voces Reina escogida
todo el mundo en general
diga que sois concebida
¡Sin Pecado Original!*

Qué bien se está en la casa de la Madre, queriéndonos y haciendo las cosas bien. Es el camino de la santidad ordinaria que estamos llamados a cuidar siempre, con mimo especial estos días. No nos cansemos. Renovemos nuestro amor y devoción por la Inmaculada. Ella renovará nuestras almas con sus cuidados maternos. Y seamos pedigüños, mendigos; especialmente pidamos vocaciones. Pero pidámoslas ataviados con la alegría y la fidelidad de vivir la nuestra propia, sino pediremos mal.

Felices y santos días. Felices días llenos de amor a María y a nuestro Señor. Felices días de azul, cantos y flores. Felices días de visitas, encuentros y amistad. Felices días de la Inmaculada. Que San José nos enseñe a quererla como la quiso el.

*Mirad hoy, resplandeciente,
a la Reina celestial.
Mirad cómo tiembla el mal
y se esconde la serpiente.*

*Vestida de sol ardiente,
la luna por pedestal
y, cual corona nupcial,
doce estrellas en la frente.*

*Es la Sierva y la Señora,
la Virgen profetizada,
del Sol naciente la Aurora.*

*Viene de gracia colmada,
pues su Hijo, en buena hora,
quiso hacerla Inmaculada.*

**Bendita sea la Santa e Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María,
madre de Dios.**

Enrique Martínez Prieto
Rector del Seminario Mayor